

mica de esta cultura haciendo resaltar los elementos más importantes, pero sin llegar nunca a la descripción fatigosa.

Como especialista en glifología, Thompson da especial atención a la descripción y explicación de las estelas, pero sin descuidar las demás manifestaciones culturales sobre las que tiene amplio conocimiento.

*Rosa Feijóo Andrade.*

NICOLA ABBAGNANO. *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1963.

La aparición de una obra de este género es, de cualquier manera, un acontecimiento editorial. Preparar un *Diccionario de Filosofía* es una tarea cargada de dificultades por cualquier lado que se la mire, y cuando esta tarea cae sobre los hombros de una sola persona se convierte en una empresa realmente excepcional. Por otra parte, estos instrumentos de trabajo son indispensables en los estudios filosóficos porque el vocabulario de la filosofía ofrece problemas más agudos que el de las ciencias particulares, no solamente en las zonas de frontera con otras disciplinas, sino en general, en todos los términos, que suelen ser usados de distinta manera por cada corriente o escuela filosófica y aun por cada autor.

En ocasiones, la magnitud de la tarea ha llevado a los editores a pedir a diversas personas la redacción de sendos capítulos de un diccionario, como sucede, por ejemplo, con *The Dictionary of Philosophy*, editado por Dagobert D. Runes. De esta manera se consigue que algunos artículos adquieran el valor de autoridad, de exposición de primerísima mano proveniente de maestros que han sido creadores en un determinado campo de la filosofía. Pero tal procedimiento no deja de presentar inconvenientes, porque difícilmente se logra el equilibrio, la economía interna que es decisiva en obras de este género.

Abbagnano ha resuelto esta dificultad con ventaja, porque en rigor no trabajó solo. El profesor Giulio Preti redactó para él un determinado número de términos de lógica —el principal de los cuales es precisamente *Lógica*—, y le ayudó en la compilación de algunos más. Otras personas trabajaron en la búsqueda y confrontación de textos de difícil acceso. Y además, Abbagnano sometió los principales artículos del diccionario a la discusión de un grupo restringido de amigos: Norberto Bobbio, E. Garín, C. A. Viano, P. Rossi y P. Chiodi.

Reunido el complejo material de constancias documentales sobre cada uno de los conceptos de la filosofía, se presenta el problema de dis-

poner ese material de acuerdo con un criterio rector y de darle acomodo dentro de las formas convencionales de un texto manejable. En este punto no se ofrecen al autor muchos caminos. Uno de ellos, por ejemplo, fue elegido por André Lalande para su *Vocabulaire Technique et Critique de la Philosophie*. Esta vía consiste en partir de ciertas bases teóricas que hacen posible un punto de vista para determinar el uso actual de un término y hacer la exposición solamente de este contenido, excluyendo las acepciones históricas caídas en desuso, o recurriendo a ellas en la medida en que sirven para explicar o justificar el uso actual. Otro procedimiento podría consistir en hacer una exposición rigurosamente histórica, presentando los cambios del concepto desde sus orígenes hasta el momento actual, sin mostrar preferencias sobre ninguna posición. Abbagnano eligió un camino intermedio, porque su obra tiene una base esencialmente histórica y muestra cuáles han sido y son los usos de cada término en el lenguaje filosófico de la tradición occidental, pero no solamente no renuncia a acentuar determinadas posiciones, sino que incluso llega a presentar al *Diccionario de Filosofía*, como un repertorio de posibilidades de filosofar ofrecidas por el lenguaje, y como un balance del desarrollo de esas posibilidades a través de la historia, desde el punto de vista que él considera como la fase actual de ese desarrollo.

Debemos advertir que el *Diccionario* comprende solamente conceptos, no nombres propios. Si bien contiene términos que se refieren a la doctrina de algún filósofo o grupo de filósofos —como platonismo, idealismo, existencialismo—, se limita a exponer los fundamentos de la doctrina con gran brevedad. Abbagnano advierte que las opiniones de los filósofos han quedado ampliamente citadas en las exposiciones históricas de cada uno de los conceptos. A esto habría que agregar que de esta manera, el autor ha salvado el peligro de dar a su obra dimensiones exageradas, porque la nómina de los filósofos hubiera aumentado el volumen considerablemente —como le ha sucedido, por ejemplo, al *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora en sus últimas ediciones. Pero, además, Abbagnano se ha ocupado de exponer a los filósofos en una *Historia de la Filosofía* en tres grandes volúmenes, obra que tiene más de un punto de contacto con la que ahora comentamos.

Para los términos que se refieren a conceptos complejos, de una manera general, Abbagnano ha seguido para su *Diccionario* el siguiente procedimiento: en primer lugar da los significados más generalizados del término, incluyendo a veces el uso que tiene en el lenguaje común; cuando es posible, reduce aquellos significados al más general, de lo contrario los reagrupa en unas pocas categorías y los presenta en proyección histórica, ilustrando cada uno de ellos y sus variaciones con citas de

autores clásicos; registra las ambigüedades de significado, a veces indica la manera de salvarlas y, por último, señala el uso más difundido o más acreditado para la filosofía actual y, en ocasiones, toma una actitud crítica.

Por haberse enfrentado a las dificultades de la empresa de la manera que hemos indicado, Nicola Abbagnano ha podido proporcionarnos una obra excelente por su claridad, por su actualidad, por su equilibrio y su economía interna que, por ello mismo, puede considerarse como la primera en su género de cuantas se encuentran disponibles para los interesados en filosofía. A algunas supera, además, por la riqueza de conceptos que estudia; a otras por la abundancia de la información histórica y la utilidad que representa la ilustración documentada con los textos clásicos; a otras por la objetividad y la agudeza de sus juicios.

Todo esto no quiere decir que no puedan señalarse objeciones o discrepancias. Lo que sucede es que ni unas ni otras llegan a eliminar los rasgos de mérito que hemos registrado y que se refieren a la obra como un todo.

Podría decirse que la objetividad en la exposición que el autor muestra a lo largo de toda la obra, su serena referencia a todas las contribuciones destacadas de la filosofía contemporánea, cualquiera que sea su dirección filosófica, no se mantiene en todo momento. Y habría que admitir, por ejemplo, que en aquellos artículos que explican términos del marxismo, el tratamiento parece breve en comparación con el de otros conceptos, y el punto de vista crítico del autor va más allá de lo que era menester en un diccionario. Algo parecido —pero aun menos acentuadamente— podría notarse de los artículos que hacen referencia al psicoanálisis o al neotomismo. En cambio, es evidente que reciben mejor atención aquellos conceptos que juegan un papel importante dentro de la corriente de pensamiento a la que pertenece el autor, pero estas inclinaciones —por lo demás inevitables—, aun siendo notorias no afectan al equilibrio y a la unidad de la obra.

En las últimas páginas de la *Historia de la Filosofía*, refiriéndose a aquella corriente de pensamiento de la cual pertenece, Abbagnano escribió lo siguiente: "Del existencialismo italiano no es preciso que se ocupe el autor de la presente *Historia de la Filosofía*: esta misma *Historia* constituye un documento de tal corriente". Del *Diccionario* tal vez cabría decir lo mismo, aunque aquí es menos patente la relación entre las doctrinas filosóficas a que hace referencia y las personas de los filósofos que crearon aquéllas, que es una idea central en el pensamiento de Abbagnano y la base sobre la que apoya toda su investigación historiográfica. El estudio de los conceptos con independencia de

los filósofos que los crearon o los emplearon, tal como se lleva a cabo en el *Diccionario*, pone el acento en otros rasgos distintos de la corriente de pensamiento a que pertenece su autor. Bastará recordar brevemente algunos de estos rasgos para descubrir su presencia en el *Diccionario* y observar que, por lo menos en una cierta medida, también esta obra constituye un documento del existencialismo italiano.

Al lado de este interés por la personalidad del filósofo, Abbagnano considera que la filosofía debe ocuparse de la realidad humana en sus conexiones con el mundo natural y con el mundo histórico social, y reivindica con gran energía un racionalismo que no sólo busca limitar y encuadrar bien las tareas de la filosofía, sino enriquecer sus procedimientos y hacerlos más rigurosos. Esta actitud que encuentra su precedente histórico en el iluminismo, permite afrontar muchas de las exigencias de la filosofía contemporánea.

La exigencia de rigor en los conceptos está ligada a la pretensión de claridad, porque la filosofía debe proceder al reconocimiento de sus propias elaboraciones técnicas, superar los falsos tecnicismos que la reducen a una disciplina particular accesible a pocos, y hacer posible el diálogo entre todos los hombres. Desde este punto de vista, la tarea filosófica se mueve en el plano de una disciplina común de investigación que revela la solidaridad fundamental de muchos esfuerzos aparentemente aislados, que tienden a clarificar la condición y el destino del hombre. Y en este diálogo, el filósofo profesional debe intervenir —según Abbagnano— sino otro título de privilegio que el de poner al servicio de los demás hombres, ciertos medios técnicos de expresión y de aclaración que pueden ser útiles a todos. Vista desde este ángulo, la empresa de preparar un *Diccionario de Filosofía*, en apariencia puramente académica, puede tener en sí misma una significación filosófica.

Otro rasgo con que Abbagnano ha caracterizado su propia actitud filosófica y que permitiría comprender la razón para dar a su *Diccionario* una base esencialmente histórica, es la nota de historicidad. La idea de que toda doctrina del pasado es un tesoro de experiencias vitales que es necesario reactualizar, ensayar como respuesta a preguntas actuales, porque sólo recurriendo al pasado y ensayando todos los caminos puede el pensador hallar realmente puntos de vista renovadores. Una filosofía como ésta no tiene que cerrar los ojos al pasado; al contrario, está abierta a reconocer cualquier aspecto que se le revele y del que pueda resultar su enriquecimiento y su propia definición.

Corolario de lo anterior es el carácter abierto, comprensivo y lúcido frente a circunstancias reales como frente a doctrinas filosóficas, la



voluntad de comprender y aceptar todo elemento positivo de doctrina o análisis, que puede llamarse su carácter positivo o constructivo.

La actitud que hemos intentado describir con tan escasos rasgos, ha originado una filosofía —de la que no podemos ocuparnos aquí— que se nutre de muy diversos elementos de la tradición filosófica próxima y remota. Una filosofía apta para contemplar y para exponer con objetividad y con amplitud de criterio, de una manera general, las filosofías vigentes en nuestro tiempo. De ahí la excelente información y la fuerte impresión de actualidad que se desprende del *Diccionario de Filosofía*, un inapreciable instrumento de trabajo del que pueden disponer ahora los lectores de lengua española, gracias a la intachable traducción de Alfredo N. Galletti.

*Fernando Salmerón.*